

su dinero, el padre Rouzán alquiló un vasto local en la calle de Nuestra Señora de los Campos, donde utilizando el concurso de un hombre activo, ingenioso y audaz, el padre Forbin-Janson, y tomando por instrumentos algunos curas robustos, de fácil palabra y de espíritu resuelto, fundó las *Misiones de Francia*.

Las operaciones de esta nueva propaganda no se hicieron esperar: el padre Rouzán empezó su campaña por los departamentos del Oeste, región donde el sentimiento monárquico y religioso se había conservado con una energía que no tenía ya en las demás partes del reino, y donde él y sus colaboradores habían de encontrar probabilidades de éxito desde un principio. Los nuevos misioneros no vieron sus esperanzas defraudadas; Anger presenció su primer triunfo. Cada día, una muchedumbre de ciudadanos y campesinos se apiñaban en la iglesia en que los padres predicaban, y el 7 de marzo de 1816, éstos pudieron terminar sus ejercicios plantando una cruz enorme, cuya carga se disputaban centenares de hombres y detrás de la cual marchaban devotamente el prefecto, el alcalde y demás autoridades civiles y militares de la ciudad. Era la época en que todos los magistrados y habitantes de varias grandes poblaciones solicitaban el perdón de Dios y de los hombres por los actos de la Revolución. Los misioneros no podían menos de imponer á los angevinos estas plegarias. Tres *reparaciones* y una comunión general terminaron la jornada.

El éxito animó al P. Rouzán y á sus colaboradores; visitaron otras ciudades en el transcurso del año 1816, y en todas partes repitieron las *reparaciones*. Al año siguiente se añadió un nuevo texto á las acostumbradas materias de sus sermones. Habiendo anunciado algunos libreros la reimpresión de las obras de Voltaire y de Rousseau, los vicarios generales del arzobispado de París, entonces vacante, aprovecharon la ocasión del mandamiento que se solía formular al principio de cada Cuaresma, para anatematizar á aquellos dos escritores y prohibir sus obras como contrarias á la religión y á las buenas costumbres. Este grito de alarma fué escuchado en todas partes, y pocas semanas después, en marzo de 1817, los periódicos anunciaban que en gran número de poblaciones se habían quemado públicamente millares de libros impíos, entre los cuales figuraban muchas ediciones completas de las obras de Rousseau y de Voltaire. A partir de 1817, las misiones adquirieron un rápido desarrollo; creció el número de misioneros, y pronto sus jefes pudieron dividirlos en destacamentos que, recorriendo simultáneamente varias provincias, inflamaban los espíritus en todos los ámbitos del territorio francés.

En 1818, las ceremonias habían perdido la sencillez de los primeros días; la predicación y las reparaciones no les bastaban á los misioneros, que procuraban exaltar las imaginaciones hablando á los sentidos de las muchedumbres por medio del canto de numerosos coros y por medio de la pompa y el lujo de sus fiestas. Cada misión era anunciada mucho tiempo antes, y todas ofrecían detalles parecidos. Cuando había teatro abierto en la localidad, la empresa recibía orden de suspender las representaciones, y el clero, ayudado por las autoridades, tomaba luego las disposiciones necesarias para el alojamiento y perfecta seguridad de los mi-

sioneros. Recibidos con gran pompa, éstos se ocupaban inmediatamente en formar coros de hombres y mujeres, de muchachos y muchachas, encargados de cantar en las ceremonias religiosas cánticos llamados de *misión*, cuyas palabras, apropiadas á cada ejercicio, estaban adaptadas á aires populares de operetas en boga. Ninguna moza de más de treinta años era admitida en aquellos coros, que se dividían en grupos, con arreglo á la edad y á la condición social de los ejecutantes, y cuya composición, causa de intrigas y disgustos, sembraba celos y odios en el seno de las familias, según que los hijos formaban parte de tal ó cual división. Vendedores de objetos religiosos se instalaban en la proximidad de la iglesia, y empezaba la misión, cuyos ejercicios duraban dos ó tres semanas y consistían en instrucciones con intermedios de canto, oficios en honor de algún Santo ó de la Virgen María, sermones con frecuencia transformados en acusaciones vehementes contra los revolucionarios y los impíos, confesiones, comuniones públicas y procesiones con coros de hombres y mujeres. Estos ejercicios, practicados generalmente de noche, no eran más que una especie de preparación para la ceremonia final, la plantación de la cruz, cruz gigantesca, que se colocaba siempre en uno de los puntos más visibles de la localidad.

La despedida de los misioneros era una grandiosa manifestación popular. Millares de habitantes les esperaban á la salida de la población. Cada cual quería tocarlos ó abrazarlos; no se oían más que llantos y sollozos; se les arrancaba los corbatines y los pañuelos, que eran inmediatamente hechos pedazos y distribuidos; la gente se disputaba hasta trozos de papel encontrados en sus bolsillos y que guardaba como reliquias, y en el momento de ir á perder de vista á los misioneros, aquel gentío entusiasta prorrumplía en uno de los coros más enérgicos de la misión, reproducción casi textual de algún canto revolucionario.

En 1816 no se veía aún más que funcionarios civiles y militares en las solemnidades de las misiones; en 1819, hasta los obispos, dando un ejemplo que habían de seguir príncipes y reyes, honraban á las ceremonias de los misioneros con su presencia. Los donativos de los fieles y el producto de objetos religiosos proporcionaron al padre Forbin-Janson una cantidad suficiente para comprar á las puertas de París la propiedad del monte Valeriano, donde este misionero mandó construir un *calvario* y un convento, que se inauguraron con toda solemnidad el 3 de mayo de 1819, asistiendo al acto catorce obispos y el arzobispo de Albi, que inclinaron sus insignias episcopales ante la sotana del simple misionero.

La llegada de los misioneros á una población era habitualmente la señal de una verdadera suspensión en la acción de la autoridad: todos los altos funcionarios se ponían en seguida á sus órdenes. Rodeados de cuidados y respetos, acogidos como árbitros de la verdadera fe monárquica y religiosa, los misioneros venían á ser los depositarios y los órganos de las quejas ó de las denuncias de los falsos devotos y de los intrigantes de la localidad: dispensadores soberanos de la censura ó del elogio, sus recomendaciones ó sus cargos no encontraban más que obediencia y sumisión.

Hubo casos, sin embargo, en que las poblaciones

se pronunciaron contra los misioneros. En Brest, donde el obispo de Quimper había introducido en persona uno de sus destacamentos, los habitantes no permitieron á los padres que continuasen sus ejercicios. Durante cuatro días, la calle en que habían parado con el obispo y las inmediatas permanecieron ocupadas por miles de personas que daban gritos de: «¡Abajo los misioneros! ¡Fuera la misión! ¡Fuera los jesuitas!» En vano las autoridades procuraron disolver aquellos grupos; el gentío era tan numeroso y se mostraba tan exaltado, que no se atrevían á recurrir á la fuerza; se temía además que la marinería y la tropa hiciesen causa común con el pueblo. Por fin el alcalde, secundado por las personas más influyentes de la población, obtuvo del obispo que los misioneros saliesen de la ciudad, lo que verificaron cinco días después de su llegada. Era tal la deferencia del gobierno con tan temible sociedad, que, á una queja del jefe de la misión, Decazes destituyó al alcalde y á los dos comisarios de policía de Brest, como culpables de no haber sabido obligar á los habitantes á que dejasen á los misioneros entregarse á todos sus ejercicios. Estas debilidades exponían á los ministros á las más insolentes lecciones: los debates suscitados durante la última legislatura por la cuestión de los regimientos suizos, habían sido objeto de algunas reflexiones en tres revistas; el ministro de Justicia y todos los individuos de la magistratura habían guardado silencio ante aquellas censuras formuladas con la tímida reserva que imponía á los escritores la legislación draconiana todavía vigente en aquella época; un miembro del real tribunal de París, el consejero Dupaty, defendiendo á los suizos, se indignó contra dicha tolerancia, denunció los artículos á sus colegas, y el 26 de abril, el tribunal, en reunión de todas las salas, «intimó» al procurador general, por cuarenta votos contra 2, para que procesase á los redactores del *Liberal*, del *Hombre gris* y de la *Biblioteca histórica*, por ultrajes á los regimientos extranjeros capitulados.

Tan apasionada intervención de la magistratura en la política no podía menos de excitar las exigencias del partido de cuyos prejuicios y pasiones participaba. Circulaban rumores acerca de una próxima restitución de los bienes nacionales. Los realistas, lejos de protestar contra tales rumores, parecían tener empeño en confirmarlos, predicando las restituciones; y al mismo tiempo que los misioneros, en sus piadosas peregrinaciones, tomaban la anulación de las ventas nacionales como tema frecuente de sus sermones, las autoridades de los pueblos autorizaban el canto público de tonadillas que tenía por objeto la muerte de los compradores de bienes nacionales, y los goces ó tormentos de estos difuntos en la otra vida, según que los hubiesen ó no restituido. En todas partes se procuraba hacer revivir las viejas denominaciones feudales; había alcaldes y notarios que anteponian á los nombres de antiguos privilegiados los títulos de *ilustre caballero*, *muy noble*, *muy alto* ó *muy poderoso*, y les posponían los calificativos de *señor de tal punto* y *otros lugares*. El propio *Almanaque real*, de carácter oficial esencialísimo, prodigaba parecidas denominaciones á una infinidad de pequeños funcionarios y simples jueces de primera instancia, que con aquellas distinciones ridículas trataban de pasar

por nobles en una época en que la *nobleza* procuraba reconstituirse en una nación aparte en medio de la masa nacional. Se perseguía el recuerdo de los escritores célebres ó de los acontecimientos gloriosos que los monárquicos y clericales no aceptaban, hasta en los nombres dados, desde 1789, á las plazas públicas y á las calles; en París, como en provincias, se borraban los



El duque de Berry en traje de corte, según el boceto del barón Gerard. (Museo de Versalles.)

nombres de Voltaire y de Rousseau, de Austerlitz ó de Marengo, para substituirlos por antiguas denominaciones. Ni los hombres consagrados á las profesiones más liberales estaban al abrigo de la persecución que, fuera del ministerio y aun á pesar de los ministros, se ejercía contra todo el que se consideraba afecto á los principios de la Revolución. Y las provocaciones del partido realista contra sus adversarios no se limitaba á esas violencias contra las personas.

Muchos realistas abrigaban la convicción sincera de que todo ciudadano que se mostraba indiferente á las creencias ó á las prácticas del catolicismo era un hombre sin moral y sin religión, un ateo; y cada partidario de la Revolución un *jacobino*, impaciente por desterrar á los nobles que quedaban y apoderarse de sus bienes. En 1819, la calificación de *independiente*, adoptada en 1817 por los hombres de la oposición nacional, fué substituída por la de *liberal*, y esta substitución fué inmediatamente objeto de los equívocos más injuriosos

A los liberales se les calificaba de presidiarios *libertos*, y se contaban anécdotas tan ridículas como esta, publicada por el periódico *La Bandera blanca*: «El liberalismo, como todo el mundo sabe, es en general la religión de las gentes que frecuentan las galeras; se nos contó el otro día que uno de esos honrados ciudadanos, escapado de presidio, después del real decreto de 5 de septiembre, tomó el bolsillo de su vecino por el suyo. Se le preguntó el motivo de la equivocación, y contestó que puesto que todas las narices eran iguales, todo el mundo debía servirse del mismo pañuelo.»

Estas groserías no dejaban de lastimar á los adversarios de la Restauración; perseguidos por el recuerdo de los excesos de 1815, 1816 y 1817; irritados por las amenazas y provocaciones incesantes de los ultrarrealistas, los liberales, á su vez, se defendían de los ataques.

Todas las familias se resentían más ó menos profundamente de aquella irritación. Es más: los hijos compartían las simpatías ó los odios con sus padres, y en los colegios se encontraban las divisiones que agitaban á todas las clases de la sociedad. La juventud escolar se quejaba de que el Gobierno, representado por los profesores, introdujese en todos los estudios un espíritu religioso contrario á las enseñanzas generales de la filosofía y de la historia, y de que les impusiese costumbres devotas, desconocidas en los colegios bajo el Imperio. Todo esto ocasionó, en 1819, numerosos motines, que estallaron sucesivamente en el colegio de Luis el Grande, de París, en los de Nantes, Rennes, Burdeos, Périgueux, Caen, Lyon, Tolosa y Vannes. La nueva dirección dada á la enseñanza y la pasión monárquica y religiosa afectada por la mayoría de los profesores de la Universidad suscitaron una agitación no menos viva en las escuelas públicas de enseñanza superior. El 4 de febrero, después de graves disturbios que duraron dos días, los estudiantes de medicina de Montpellier abandonaron en masa la Escuela y se fueron á sus casas. La histórica Universidad se vió por primera vez desierta después de nueve siglos de existencia.

Al mismo tiempo reinaba una verdadera revolución en la Escuela de Derecho de París, con motivo de las peticiones firmadas por los estudiantes liberales para el mantenimiento de la ley electoral, y que los estudiantes realistas rompían doquiera las encontraban; y más graves y persistentes fueron los que allí estallaron en el mes de julio siguiente.

M. Bavoux, juez del tribunal de primera instancia y profesor suplente de la Escuela, hacía entonces un curso de derecho criminal. Este derecho, tal como lo establecían los códigos imperiales, no guardaba proporción alguna entre los delitos y las penas que eran todas excesivas, y dejaba á los ciudadanos sin la menor garantía contra la arbitrariedad de todos los agentes de la fuerza pública y de los magistrados. Tomando por base de sus lecciones los principios generales de protección y de justicia consagrados por la Carta, el profesor unía la crítica á la explicación. Esta enseñanza se salía de la rutina de la Escuela, y los estudiantes acudían en masa al curso de M. Bavoux. Semejante éxito irritó al decano, M. Delvincourt, imperialista fogoso mientras reinó Napoleón, furioso realista desde la restauración de 1815, y miembro ferviente de la Congregación. M. Bavoux

tenía, sobre todo, á los ojos del decano, el defecto de ser liberal. Un día en que sus numerosos oyentes aplaudían al profesor, partieron algunos silbidos de un rincón del aula. Los alumnos quisieron expulsar á los disidentes. En aquel instante, el decano, emboscado desde el principio de la lección detrás de una puerta secreta, apareció, y, so pretexto del tumulto, declaró que el curso quedaba suspendido. Aquella violencia, evidentemente meditada, sublevó á los alumnos, que se reunieron el día siguiente en el patio de la Escuela, pidiendo la continuación de las lecciones. En seguida se presentaron varios comisarios y agentes de policía al frente de numerosos destacamentos de fuerza armada y dispersaron á los estudiantes, que volvieron á reunirse en la plaza inmediata. Llegaron á su vez el prefecto de policía y el procurador del rey, que intimaron la dispersión de los manifestantes. Hubo algunos tiros y la tropa prendió á unos cuantos jóvenes. Al día siguiente se renovó el tumulto, y el Gobierno ordenó provisionalmente el cierre de la Escuela. Los alumnos intentaron en vano reunirse delante del Odeón, en el jardín del Luxemburgo, en la Explanada del Observatorio y en el bulevar Montparnasse, para firmar peticiones á las Cámaras; cada vez fueron dispersados por la tropa, que permaneció durante algunos días acampada en las principales plazas, bloqueando verdaderamente el barrio de las Escuelas. El día 1.º de agosto, M. Bavoux, después de haber visto invadida su morada y secuestradas sus lecciones manuscritas, compareció ante la Audiencia de lo criminal. Se le acusaba de haber excitado al desprecio de las leyes que tenía encargo de explicar y provocado á su desobediencia. El procesamiento se apoyaba menos en las lecciones orales ó en los apuntes recogidos en el despacho del profesor que en algunos pasajes de un manuscrito que había tachado y cuyas palabras no era posible leer. «Claro está, decía la acusación fiscal, que las frases borradas con tanto cuidado contenían atrevimientos de lo más sedicioso.» Sin embargo, un fallo absolutorio hizo justicia de aquel ridículo proceso. Tres días después, los estudiantes presos en medio de aquellos disturbios y llevados ante el tribunal de policía correccional, fueron también absueltos.

Aquella agitación que mostraba toda la juventud del reino; los numerosos duelos entre muchachos de uno y otro partido y entre oficiales del antiguo y del nuevo ejército, duelos que á menudo tenían un desenlace fatal y en los cuales ocho ó diez adversarios se encontraban á la vez sobre el mismo terreno; los desórdenes causados en varias poblaciones de guarnición por riñas entre los regimientos franceses y los regimientos suizos capitulados, todos aquellos hechos eran para los realistas el irrecusable testimonio de un vasto trabajo revolucionario, dirigido por un comité encargado de fomentar trastornos en todas partes y de preparar el derribo del gobierno monárquico.

En aquella época de la segunda Restauración aún no se conspiraba en París, en el verdadero sentido de la palabra; había, es verdad, dos sociedades políticas, una *secreta* y otra *pública*; ésta no tardó en absorber á la primera; pero sus miembros cuidaban menos á entablar una lucha contra los Borbones que á resistir á las tendencias retrógradas de aquellos príncipes y á la arbitrariedad de sus ministros y de sus agentes.

La sociedad *secreta* había tenido su cuna en Grenoble; la había fundado el abogado M. Rey en julio de 1816, después de una ceremonia destinada á celebrar la conmemoración de la resistencia de dicha plaza al ataque de uno de los cuerpos del ejército aliado, en 1815. Propagada á Lyon é introducida luego en París por el mismo fundador, que había fijado en la capital su residencia, esta sociedad, denominada *La Unión*, buscaba sus prosélitos entre la juventud y los hombres de la parte rica ó ilustrada de la clase media. A juzgar por el misterio con que rodeaba sus reuniones, era dable suponer que sus miembros eran resueltos y abrigaban proyectos sediciosos; los había, sin duda, que no hubieran retrocedido ante la lucha más enérgica; pero la mayor parte de ellos únicamente buscaban en el secreto una protección y una especie de abrigo para su circunspección y su intimidación. Fundada para la defensa de los principios de libertad consagrados por la Revolución, esta sociedad se ocupaba tan sólo en propagar las ideas liberales, en publicar y distribuir folletos, en organizar suscripciones, y en contribuir, si era preciso, á la elección de tales ó cuales diputados. Sus medios de comunicación consistían en cartas firmadas con nombres supuestos, insignificantes en su sentido aparente, pero con intercalaciones escritas con tinta simpática, únicamente visible á la acción de un fuego muy vivo, y cuyo secreto no podía violarse sin que de ello quedasen trazas.

Estos procedimientos tímidos paralizaban los progresos de la sociedad; sus miembros no eran muy numerosos, y sus esfuerzos, más bien individuales que colectivos, no obtenían resultados serios, cuando, por el contrario, una asociación *pública* creada en París un año después de la época en que *La Unión* nacía en Grenoble, adquirió en seguida un desarrollo y una influencia que dieron á esta nueva sociedad una acción bastante considerable sobre el movimiento político de los dos años siguientes.

El origen de la *sociedad política* se remontaba al mes de noviembre de 1817. En aquella época, algunos ciudadanos, en presencia de las condenas por supuestos delitos de imprenta á que daba lugar la aplicación de las leyes de 1815, determinaron provocar la abrogación de esta legislación. Unos avisos impresos, distribuidos por todas partes, anunciaron que veinte personas notables, entre las cuales figuraban los señores de Broglie y Destutt de Tracy, pares de Francia, Argensón y Lafitte, diputados, Lafayette y su hijo, Benjamín Constant y los generales Tarayre y O'Connor, acababan de fundar una asociación con el objeto de obtener la abrogación de las leyes de excepción sobre la prensa y sobre la libertad individual, y hacerse solidarios, por vía de suscripción, de las condenas pecuniarias sufridas por los escritores. Estas circulares trajeron pocos suscriptores. Llegó el final de la legislatura de 1817-1818; los principales socios quisieron, antes de la disolución de la Cámara, dar un testimonio de gratitud y de estima á varios diputados que habían defendido con ahinco los derechos de la prensa. Abrióronse listas de suscripción, y el 3 de mayo de 1818, á la misma hora en que Luis XVIII recibía en las Tullerías las felicitaciones de todos los cuerpos del Estado, con motivo del cuarto aniversario de su primera entrada en París, cuatrocientos ciudadanos, casi todos electores y pertene-

cientes á la literatura, al comercio, á la banca, á la abogacía y al antiguo ejército, se reunían en un banquete, que era la primera manifestación política celebrada desde la caída del Imperio. Aunque la mayor parte de los comensales no se conocían personalmente, sabían que todos profesaban las mismas opiniones; animados por el contacto, alentados por el número, seguros de su fuerza, acogieron fácilmente la idea de unir sus esfuerzos á un fin común de resistencia á las pretensiones de los partidarios del antiguo régimen. Una vez dado el impulso, la asociación aumentó considerablemente en número de socios y fué definitivamente organizada bajo el nombre de *Sociedad de amigos de la libertad de imprenta*. No solamente todos los miembros de *La Unión* de París se apresuraron á ingresar en ella, sino que los hombres más timoratos, pares de Francia, diputados, magistrados, no tuvieron reparo en inscribirse como socios. Las asambleas se celebraban alternativamente, en días determinados con anticipación, y mediante cartas de convocatoria, unas veces en casa de los señores Gévaudan, Cadet-Gassicourt, Méchin y coronel Simón-Lorrière, y otras veces en casa de Manuel, del conde de Thiard y del duque de Broglie. Una junta particular y secreta tenía á su cargo la dirección oculta de la sociedad. Compuesta de unos veinte socios de los más resueltos, entre ellos los señores Cadet-Gassicourt padre, Cauchois-Lemaire, Châtelain, Mérilhou, Brissot-Thivars, Larèche, Chevallier y Reynaud, de la *Biblioteca histórica*, dicha junta se reunía antes de cada sesión y determinaba las disposiciones que iban á ser propuestas á la junta general, así como los asuntos que iban á discutirse. Estos asuntos eran habitualmente las cuestiones políticas sometidas entonces á las Cámaras ó las que los ministros se disponían á presentar á las mismas. En cuanto á sus medidas ó medios de acción, consistían sobre todo en mensajes y peticiones por medio de los cuales millares de ciudadanos reclamaban de la Cámara, según las circunstancias, la reforma del jurado y su aplicación á los delitos de imprenta, el mantenimiento de la ley electoral, la libertad de los periódicos ó el indulto de los desterrados. Ningún misterio rodeaba las juntas generales; puede decirse que eran públicas; el ministerio tenía en ellas á sus agentes y hasta sus estenógrafos; tampoco ignoraba la influencia de la sociedad en el envío de las peticiones; pero habiendo éstas resultado para el gobierno un apoyo cuando la proposición Barthelemy, ningún ministro trató de molestar entonces á los *Amigos de la libertad de imprenta*. En cambio, cuando llegó la discusión sobre los desterrados y cuando hubo estallado el rompimiento entre los independientes y M. Decazes, éste, fingiendo ceder á las quejas de los realistas contra la supuesta *junta directiva*, que fomentaba, según ellos, todos los disturbios, todos los desórdenes, y disimulando su rencor bajo aquellos clamores, mandó perseguir á la sociedad. Los señores Gévaudan y Simón-Lorrière fueron llevados al tribunal de policía correccional, y se vieron comparecer ante los jueces, como testigos, los numerosos individuos de la asociación, diputados, generales, médicos, comerciantes, literatos, artistas, abogados, etc., quienes declararon que las reuniones no tenían ninguno de los caracteres legales de una asociación; que se limitaban á hablar y á tomar algu-